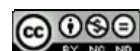


**Víctor Goldgel, *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX.*
Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, 288 páginas**

Después de las vanguardias, de las aparatosas muertes del sujeto y de las ideologías, después del fin de la historia y la irrupción del posmodernismo, resulta lógico y hasta necesario, como observa Víctor Goldgel al inicio de este libro, “analizar la historia del rupturismo, que en cierto momento se vuelve inseparable de la del tropo de la ‘modernidad’” (18), a fin de volver relevantes aquellos problemas que, aun largamente visitados —o precisamente por ello—, permanecen en el manso mutismo de los consensos. *Cuando lo nuevo conquistó América* es un esfuerzo —digámoslo de antemano: sesudo y fructífero— por acometer esa tarea: una historia crítica de la modernidad en tanto ruptura, encarada ésta desde una doble perspectiva, que implica el análisis tanto de su nivel retórico —o literario, para sintetizar— como el de su dimensión histórica. Para hacerlo, Goldgel pone en relación tres objetos —los del subtítulo—, dos de los cuales sólo pueden ser reconocidos, al menos para el período que aborda el libro —1790 a 1850, aproximadamente—, a partir de una serie de estudios que en los últimos años vienen construyendo un tejido crítico renovado: prensa, moda y literatura. En efecto, que la literatura ocupe un lugar subsidiario —o anexo, en este caso, a la moda y a la prensa— no responde tanto a un patrón de los *Cultural Studies* cuanto a la necesidad de volver perceptibles ciertos rasgos que la crítica —determinadas versiones de la crítica, digamos— había oportunamente subestimado. Uno de ellos, tal vez el principal, es la calidad multifacética de la modernización literaria, aspecto que permite, por ejemplo, relativizar los datos duros del mercado en beneficio de la lógica relacional o funcional de sus componentes y repensar, de ese modo, las instancias del proceso en el largo plazo.

Hasta hace escaso tiempo, las relaciones entre prensa y literatura hallaban su límite hermenéutico en las últimas décadas del siglo, cuando efectivamente se tornan palpables los efectos del mercado y de las tecnologías de la modernización; otro tanto cabe decir de la moda, la cual, a pesar de que ciertas experiencias, como la cubana, donde el escritor Domingo del Monte ya publicaba un papel periódico de título homónimo en 1829 —¡el mismo año en que Émile de Girardin fundaba su semanario parisino!—, la afrontaron tempranamente como fenómeno social considerable, ha sido leída en general en el marco de las inminencias cronísticas del fin-de-siglo. Por lo tanto, antes de pasar a una sumaria descripción de la inserción de esos objetos en el entramado argumental del libro, quisiera destacar dos hipótesis potentes, sustanciosas, que lo atraviesan con vigor.

La primera postula —haciéndose eco de Walter Benjamin— que la modernidad no es un fenómeno que se despliega ni unívoca ni teleológicamente, ni, a contramano de lo que suele afirmarse, de un determinado centro (Europa) a su periferia (Hispanoamérica). Aquí el trabajo de Goldgel dialoga con otra serie, esta vez proveniente de la historiografía, la del llamado nuevo revisionismo, encabezada en Hispanoamérica por el historiador hispano-francés François Xavier-Guerra: ¿cómo se determina la conciencia histórica de lo que suele llamarse modernidad? ¿No es acaso el uso o su función, como ocurre con la lengua, lo que determina el valor, moderno o no, de una práctica cualquiera? O, dicho con palabras de Goldgel: “¿cuál es la historia de lo nuevo en Hispanoamérica antes de su consagración en el modernismo y las vanguardias?” (38). Desde ya, el vigor que atribuimos a este tipo de argumentos radica en su proyección, pero sobre todo en el tipo de análisis



concreto a que habilita. Así, por ejemplo, el que lleva a su autor a señalar que si los estudios concentrados en el fin-de-siglo demuestran que la autonomía literaria procedió por diferenciación con la prensa, “el análisis de la primera mitad indica, por el contrario, que los escritores se esforzaron por crear nuevos modos de prosa y de autoridad discursiva precisamente a través de los periódicos” (74). O el que se aprovecha del difícil parentesco entre Cuba y la América independiente —sobre el que volveremos más adelante— para asentar, en esa misma página, que “el surgimiento de una nueva prosa y de formas modernas de autoridad discursiva dependió mucho más de la importancia creciente del periódico que de la fundación de las nuevas repúblicas” (ídem).

La segunda hipótesis, implícita a lo largo del libro, sostiene el valor de lo cualitativo por sobre lo cuantitativo, algo que últimamente los estudios del impreso y sobre todo de la lectura parecen requerir cada vez con mayor énfasis. Escribe Goldgel: “La precaria dimensión comercial, sin embargo, es bastante menos significativa que las transformaciones que se operan de manera paralela en el universo literario” (89). Esas transformaciones, que el periódico vino a operar conjuntamente con la globalización del consumo capitalista —transformaciones de los vínculos entre demanda lectora y escritura, o entre concepción y producción literaria, entre otras—, no sólo resultan determinantes a las prácticas letradas del período sino que también lo son, o deberían serlo, para la interpretación crítica. Pues una de las funciones más relevantes de la prensa fue haber instituido una lógica mercantil, aun cuando su expresión, como dijimos en otro lado, se redujera en general a la demanda de apenas 200 suscriptores.

Sobre la prensa periódica en tanto novedoso medio de comunicación trata, precisamente, la primera parte del libro. Cabe señalar que la organización interna del libro posee un apartado propio —resabio académico, tal vez—, en el que su autor explica, en pocas palabras qué, cómo y por qué abordó los temas y objetos que abordó. La primera parte, como dijimos, está dedicada al periódico; la segunda a la moda, y la tercera y última a la literatura, o más bien a los núcleos conceptuales y retóricos que nutren eso que solemos llamar “literatura” y que se extiende, en manos de Goldgel, entre fines del siglo XVIII y mediados del XIX. Vale la pena extraer de ese rígido momento una declaración metódica que es, en definitiva, un modo de lectura: “Si abordo los textos de estos escritores —Goldgel ha nombrado un párrafo antes a una veintena, desde Andrés Bello y Juan García del Río hasta Domingo del Monte y Gertrudis Gómez de Avellaneda, pasando por los argentinos Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento y Juan María Gutiérrez, entre los más destacados— desde un punto de vista transregional y en estrecha relación con la prensa periódica es para evitar el *modus operandi* más característico de las investigaciones literarias, que consiste en limitar el análisis a autores individuales y en inscribirlos en sistemas literarios de escala sólo nacional”(27). Ahora bien, lo que evita ese tipo de lectura no es tanto, o no es tan sólo, el recurrente tópico de la nacionalidad —y con él, las generalizaciones en pro de tesis aglutinadoras—; más importante aún, la lectura transregional y contextual evita caer en otro lugar frecuente de la crítica que es —medalla inversa de lo anterior— el de construir sus hipótesis con los ojos ciegos a otras culturas geográfica, política y socialmente aledañas. La mirada transregional en este libro —uno de sus aspectos panorámicos más positivos— se sostiene en la mejor tradición de la crítica latinoamericanista. En esto, el libro de Goldgel responde también a una inflexión particular de la investigación literaria de los últimos años: la cada vez más evidente necesidad de pensar los problemas —sobre todo para el período formativo del siglo XIX— en consonancia con experiencias culturales afines.

Nada más transnacional, en ese sentido, que los ritmos del régimen tipográfico instalado con la maquinaria de la prensa. El periódico cumplía, como observa Goldgel, con variadas funciones comunicacionales, caracterizadas todas por el ímpetu de lo nuevo. No sólo traía con cierta prontitud noticias de otras partes, no sólo las hacía circular ampliamente, sino que también el periódico era el medio más efectivo para satisfacer (y a la vez crear) el “hambre de novedad”, ese “deseo de renovación constante” que impulsa la experiencia de la modernidad —entendida, con Reinhart Koselleck, como “una forma de conciencia histórica que privilegiaba las expectativas por sobre la experiencia”—, en tanto el periódico mismo era pensado como producto moderno. Entre los cambios que produjo el desarrollo de la prensa, Goldgel analiza con suficiencia la incidencia en la escritura de los ritmos diarios del impreso, fenómeno que denomina “escritura ‘a vapor’”: esa escritura momentánea o fugaz, cotidiana, que produjo cambios muy concretos en los modos de producir y de pensar la literatura, mucho antes de cualquier modernismo. De allí que la sección “variedades” —

suerte de miscelánea folletinesca en la que todo objeto se veía subyugado por el entretenimiento— resultara una de las zonas de mayor novedad y, por tanto, de mayor seducción para los lectores.

Esa sección, suerte de emblema del nuevo régimen publicitario, concentró desde su aparente marginalidad la lógica del nuevo medio. Una cita de Sarmiento —consignada oportunamente por Goldgel— resulta por demás elocuente: “Se desembarcan luces como se desembarcan géneros” (149). ¿Cómo no ver allí, en esa frase escueta y rotunda, toda la armazón conceptual en torno al problema de la modernidad —y su fenómeno inmediato, la modernización— que historiadores como José Luis Romero —cuya formación, habrá que recordar, se inició con el medievalismo y cuya lectura directriz para todo el período decimonónico en Latinoamérica fue, no por casualidad, el *Facundo* de Sarmiento— supieron examinar en obras clásicas como su *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas?* Las ciudades portuarias, decía en ese libro Romero, fueron los emporios de la modernización; de allí que se traficaran géneros del mismo modo que se traficaran ideas. Pues bien: secciones de la prensa como la de “variedades” o la de “avisos” demuestran que ese comercio se inició mucho más temprano de lo que suele mentarse y que, como el libro de Goldgel viene a subrayar, de la escasez o precariedad institucional de ese flujo no deberían inferirse derivaciones demasiado lineales. Este último aspecto se vuelve evidente en las dos últimas partes del libro, dedicadas a la moda y a la literatura. Cuando Víctor Goldgel repasa la amplia gama de objetos que atraviesa la moda nos recuerda lo que en 1830 escribió Balzac: analizar peinados y cosméticos equivalía a “historiar las principales revoluciones de nuestro tiempo” (135). Al poner en juego la frase balzaciana con, por caso, las resonancias rioplatenses alrededor de la cinta punzó, el estudio de Goldgel, además de brindar la expresión cosmopolita de un tópico sociológico frecuentado por la crítica, demuestra la relativa simultaneidad de los sucesos. De modo que el circuito no sólo es transregional, sino también transcontinental. Así lo manifiestan, entre otras cosas, los debates en torno a la lengua —como el famosísimo entre Bello y Sarmiento en Santiago de Chile—, y la urgente necesidad con que los criollos liberales apuntaron sus críticas al régimen colonial trasvasando a la lengua fenómenos tales como la ineficacia (retórica), la oscuridad (en la expresión) o el estancamiento (en los saberes).

Uno de los puntos clave del libro, en ese sentido, es el trabajo comparativo. Sobre todo porque se trata de comparar experiencias tan diversas, y a la vez afines, como son las de Cuba —continuidad de la monarquía en tiempos de la Revolución hispana— con las de Chile y el Río de la Plata, dos de las regiones tempranamente propulsoras del cambio pero que sin embargo mantuvieron sus propias diferencias a lo largo del siglo. No obstante, hay que decir que Goldgel, con una visión panorámica que se agradece, ejecuta un cuidado equilibrio que enriquece la lectura. Así, por ejemplo, cuando analiza las diferentes posturas ante el problema de la lengua —o del romanticismo—, problema frente al cual cubanos y chilenos, a pesar de las notorias diferencias políticas, terminaban en un punto coincidiendo: pues si los cubanos se inclinaban cada vez más hacia una “glotopolítica conservadora” (205) —inclinación que, a priori, los distanciaba de sus pares argentinos y chilenos—, lo cierto es que posiciones como las de la *Revista Bimestre* de La Habana venían a coincidir con expresiones chilenas como las del por entonces Rector de la Universidad, Andrés Bello, o como las de un Salvador Sanfuentes, quien escribió adustas palabras de repudio contra el romanticismo en *El Semanario de Santiago* —coincidencia que, a su vez, marcaría una palpable divergencia con los argentinos exiliados en Chile—. La experiencia colonial en Cuba parece permitirle a Goldgel usufructuar los contrastes: si el juvenilismo —otro de los tópicos analizados en el libro— brilla por su ausencia en la isla, en cambio “el caso de Cuba también demuestra que las innovaciones lingüísticas podían darse a veces de modo mucho más concluyente sin necesidad de exaltados llamamientos a la modernización y la independencia”, pues “sus reflexiones sobre la lengua reflejaban cierta conciencia americanista (que, sin embargo, no era abiertamente antihispánica) y un grado de modernización notable” (205). ¿No cuadra, acaso, esa descripción con posturas como las del mencionado Bello, autor de una *Gramática* considerada la más avanzada del siglo? Pero sobre todo, ¿no se complejiza la lectura al incorporar elementos que una mirada de corte nacionalista preferiría, en principio, desestimar?

El libro de Víctor Goldgel nos invita a repensar, con audacia y agudeza crítica, las experiencias que conformaron el imaginario letrado decimonónico bajo un proceso de largo alcance, y esta es tal vez su mayor apuesta: ante la historia de los rupturismos, la cronología de los lazos ocultos.

Otro de los puntos valiosos del libro es, precisamente, el argumento de que ese imaginario no se fraguó desde su absoluta periferia. Este es un problema que —como demuestra el renovado ímpetu

del comparatismo, sobre todo anglosajón— todavía necesita de cuidadosas lecturas. Pues no se trata de soterradas continuidades que los escritores hispanoamericanos, a diferencia de los europeos, mantendrían con el iluminismo dieciochesco (¿no ocurre eso mismo, acaso, como demuestra el clásico estudio de Roger Picard, con el romanticismo social europeo?), sino más bien de determinadas disparidades en los procesos, disparidades que en ciertos *tempos* o *status* vendrían a disolverse, a coincidir en horizontes de experiencias y materialidades compartidas. En esto, el libro de Goldgel ofrece un amplio abanico de ejemplos que los lectores atentos sabrán usufructuar y agradecer oportunamente. No obstante, a la copiosa lectura de archivo parece por momentos convenirle la minuciosidad en el desglose de las empresas editoriales —eso que hoy solemos llamar “perfil editorial”—, puesto que la retórica nunca suele ser un canal transparente para las ideologías: ser “ligero”, “ameno” y “divertido”, como proponen varios periódicos de la época, puede resultar en ciertos casos —y Goldgel lo sabe— una astuta mascarada de la *autorictas*, destronada supuestamente en la superficie de esas páginas volantes. De modo que a la postulación metodológica de una “constante comunicación entre el detalle y la totalidad, por un lado, y entre las diferentes funciones de lo literario, por el otro” (216), habría que inscribirla en un horizonte aún mayor, el cual reincidiríamos en subrayar aquí: no ya el de lo transregional o continental, sino el de lo transnacional o transcontinental.

La “totalidad”, así, como proceso, nos obligaría a observar la construcción de la(s) periferia(s) en el centro —*core*, como dicen los ingleses—, a reformular por corolario ciertas categorías del análisis historiográfico y a ser capaces, como Goldgel con esta historia de la novedad en Hispanoamérica, no ya de abordar una red de problemas sino, más imperiosamente, los problemas en su vastísima red.

Hernán Pas